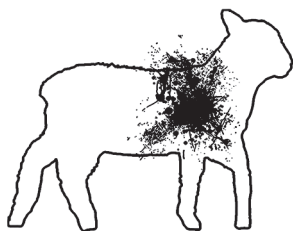


SINCLAIR B. FERGUSON  
**SOLO POR  
GRACIA**

---

¡CÓMO ME ASOMBRA LA GRACIA DE DIOS!

---



# ÍNDICE

<i>PRÓLOGO</i> .....	xi
<i>PREFACIO</i> .....	xiii
Capítulo 1: MIS CADENAS CAYERON .....	1
Capítulo 2: AMOR INCONDICIONAL.....	15
Capítulo 3: A EXPENSAS DE DIOS .....	39
Capítulo 4: UN GRAN INTERCAMBIO .....	59
Capítulo 5: SEGURIDAD GARANTIZADA.....	81
Capítulo 6: LIBRADOS DEL MAL.....	105
Capítulo 7: VERDADERA LIBERTAD.....	129
<i>NOTAS</i> .....	153

## PRÓLOGO

**C**onocí a Sinclair Ferguson en julio de 2009, en Ginebra, Suiza, cuando varios líderes de la Iglesia se reunieron para celebrar el quicentenario del nacimiento de Juan Calvino, un renombrado reformador europeo y predicador de la gracia divina. Cuando Sinclair me pidió que escribiera el prólogo de este libro, no sabía qué sorpresa me había reservado Dios en Su gracia.

A media mañana de un miércoles de septiembre de ese año, fui a visitar una casa en un barrio residencial de la ciudad de Kampala, Uganda. Este no era un hogar común y corriente, sino uno que acoge huérfanos y niños necesitados de las calles y les ofrece el amor de Jesús. Nos encontramos con una treintena de niños sonrientes cuyas caras reflejaban felicidad, salud y seguridad.

Luego, comenzaron a contarme sus historias. La policía había recogido a una niña cuando llevaba tres semanas abandonada. Otro había sido descubierto en el frío sin comida, refugio o ropa. Las historias continuaron y continuaron.

Los niños nos relataron sus historias en una canción compuesta por el director de ese ministerio. Esta canción era triste, pero alegre; pesimista, pero con una nota de victoria. Mientras escuchaba las palabras y la melodía, mi corazón se derretía.

Una niña de trece años llamada Ana (no es su nombre real), me llamó la atención. El Espíritu Santo destacó su rostro mientras la veía cantar. Se veía hermosa, pero había un dejo de tristeza en su rostro. Había perdido a sus padres a una temprana edad y luchado sola en las calles de Kampala antes de llegar a este hogar de transición.

Sabía que esta joven me perseguiría por el resto de mi vida si no hacía algo. Dos semanas después de este encuentro, Ana se convirtió en parte de mi familia.

En su libro, Sinclair revela las grandiosas sorpresas de Dios que llamamos «gracia». Nos muestra cómo Dios se inclina para alcanzar a un alma perdida y anhelante; un alma que ha recorrido un camino de soledad y oscuridad; un alma que, como Ana, nunca pensaría que un cambio es posible. Dios viene porque mira con gran amor y se mueve con una ternura indescriptible. Su deseo es rescatar a los quebrantados y dolidos, a los perdidos y a los abandonados.

Sinclair ofrece una visión de esta gracia a la mente inquisitiva y al alma hambrienta. Recomiendo su libro al que anhela saber de la verdad del Dios que nos busca. Tu alma se nutrirá y tu fe se fortalecerá.

—*Reverendo Henry Luke Orombi*  
Arzobispo, Iglesia (Anglicana) de Uganda  
Kampala, Uganda  
Octubre de 2009

## PREFACIO

La inspiración detrás de estas páginas es el himno escrito por un pastor africano, Emmanuel T. Sibomana. Nació alrededor de 1915 y vivió cerca de Musema, una misión bautista en el centro de Burundi.

Vino a Cristo en su adolescencia o juventud temprana, y más tarde se convirtió en pastor bautista. Luego, en 1946, publicó un himno titulado *Umbuntu Bg Imana*.

El himno del pastor Sibomana fue traducido por una misionera inglesa en Ruanda, Rosemary Guillebaud, como: *¡Oh, cómo me asombra la gracia de Dios!* El himno capta las maravillosas facetas y el carácter multifacético de la gracia de Dios. Es una melodía fácil de cantar. *Gracia de Dios*, a menudo me encuentro pensando en estas palabras. Reflexionar sobre sus versos finalmente me llevó a trabajar en el material bíblico que se encuentra detrás de ellos. Este libro es el resultado.

Aunque su formato es diferente (con menos capítulos, pero más largos), *Solo por gracia* es un volumen que complementa a *Solo en Cristo: Una vida centrada en el evangelio*. Estas son algunas de las grandes consignas de la enseñanza bíblica y capturan dos grandes énfasis en la teología evangélica.

Pero ¿por qué otro libro sobre la gracia de Dios? Porque, como nos recuerda el himno del pastor Sibomana, la gracia de Dios me asombra. Nunca podemos reflexionar demasiado sobre la gracia de Dios. Ese tema no es exclusivo de este himno en particular.

El himno más famoso del convertido comerciante de esclavos, John Newton, comienza con las palabras: «Sublime gracia del Señor que a un infeliz salvó».<sup>1</sup> Los grandes escritores ingleses de himnos, tales como Isaac Watts y Carlos Wesley, también escribieron sobre este tema. Watts reflexionó sobre el «Amor tan asombroso, tan divino».<sup>2</sup> Wesley, quien parece haber escrito prácticamente un himno al día en su tiempo libre, enseñó a la iglesia a cantar estas palabras: «Amor increíble, cómo puede ser que tú mi Dios has muerto por mí».<sup>3</sup> Mucho más tarde, Charles H. Gabriel exclamó con asombro: «¡Que Cristo me haya salvado tan malo como yo fui!».<sup>4</sup>

Aun así, ¿por qué un libro sobre cómo la gracia de Dios me asombra? Por una razón: no todos los cristianos la encuentran tan asombrosa.

Asombrarse de la gracia de Dios es un signo de vitalidad espiritual. Es una prueba de fuego de cuán firme y real es nuestra comprensión del evangelio cristiano y cuán cerca caminamos de Jesucristo. El cristiano en crecimiento descubre que la gracia de Dios asombra y sorprende.

Sin embargo, con frecuencia damos por hecho la gracia de Dios. Pensamos: «por supuesto que Dios es misericordioso». O: «por supuesto que merecemos Su gracia. Después de todo, ¿no somos Su pueblo?». Quizás nunca digamos estas cosas. Pero cuando pensamos así, la gracia de Dios deja de ser asombrosa. Lamentablemente, también deja de ser gracia.

Una de las razones principales de la debilidad de la iglesia cristiana en Occidente, de la pobreza de nuestro testimonio y la falta de

vitalidad en nuestra adoración probablemente yace aquí: cantamos sobre la «sublime gracia» y hablamos de Su gracia, pero esta ha dejado de sorprendernos. Lamentablemente, podríamos cantar con más sinceridad algo así como la «gracia acostumbrada». Hemos perdido la alegría y la energía que se experimentan cuando la gracia nos parece realmente sorprendente.

Con la ayuda del himno del pastor Sibomana, estas páginas reflejan la gracia de Dios desde siete ángulos. Probar el poder de la gracia de Dios puede refrescar los santuarios internos de nuestro ser, y desterrar el letargo espiritual y la indiferencia que dan por sentado la bondad y el amor de Dios. Después de todo, si no somos asombrados por la gracia de Dios, ¿podemos realmente vivir en ella? Por su propia naturaleza, la gracia de Dios asombra a quienes la prueban y sorprende a quienes la reciben.

Estoy agradecido por aquellos que me han animado a preparar estos estudios para su publicación.

Eve Huffman, mi secretaria en la Primera Iglesia Presbiteriana de Columbia, de nuevo ha brindado su disponibilidad y eficiente ayuda en esta tarea. También estoy profundamente agradecido a nuestros ancianos y diáconos, y a nuestra congregación, por el aliento que brindan a su equipo de pastores para continuar trabajando en el ministerio.

Greg Bailey me ha ayudado una vez más como editor, amigo y un Bernabé literario; quiero expresarle mi sincero agradecimiento por su apoyo constante.

*Solo por gracia* celebra el evangelio a través de un himno de la iglesia en África. Por lo tanto, estoy especialmente agradecido a Henry Orombi, arzobispo de la Iglesia de Uganda, por contribuir con el prólogo. Cuando Reformation Trust sugirió la posibilidad de que un cristiano africano hiciera esto, el nombre del arzobispo Orombi

vino a mi mente de inmediato. Es un espíritu afable para todos los hombres y mujeres de gracia, como descubrí un memorable domingo cuando compartimos el privilegio de predicar en el púlpito de Juan Calvino en la Catedral de San Pedro en Ginebra, Suiza. En los días de Calvino, el mensaje de la gracia del evangelio se extendió por todo el hemisferio norte y hacia el oeste; hoy, se extiende como un diluvio por todo el hemisferio sur y este. Ahora, norte y sur, este y oeste, pueden regocijarse juntos en la forma en que reina la gracia en muchos corazones por todo el mundo. Verdaderamente, «¿cómo me asombra la gracia de Dios!».

Mi esposa Dorothy —y, con ella, toda nuestra familia— continúa brindando un mundo de amor y devoción que me alienta y sostiene en el ministerio. Nuevamente, quiero expresarles mi amor y agradecimiento por los sacrificios que han hecho durante muchos años, y mi gratitud por la gracia de Dios en sus vidas y familias.

La gracia no es una «cosa». No es una sustancia que se puede medir o una mercancía para distribuir. Es «la gracia del Señor Jesucristo» (2 Cor. 13:14). En esencia, es Jesús mismo. Solo por esa razón, no podría haber mejor libro para acompañar a *Solo en Cristo* que *Solo por gracia*.

—Sinclair B. Ferguson

Primera Iglesia Presbiteriana  
Columbia, Carolina del Sur  
Septiembre de 2009



**¡Oh, cómo me asombra la gracia de Dios!**

*¡Oh, cómo me asombra la gracia de Dios!*

*¡Rompió mis cadenas y me liberó!*

*¿Por qué?*

*Por Su propia voluntad, esto sé,*

*Me puso, como ahora nuestro,*

*En libertad.*

*Mi Dios me ha elegido,*

*Aunque sea indigno,*

*Para sentarme junto a mi rey en la corte del cielo.*

*¡Escucha lo que mi Señor ha hecho!*

*¡Oh, el amor que lo hizo correr*

*para encontrarse con Su hijo errante!*

*Esto ha hecho Dios.*

*No por mi justicia,*

*Porque no tengo ninguna,*

*Sino por Su misericordia,*

*Jesús, el Hijo de Dios,*

*Sufrió en la cruz del Calvario.*

*Crucificado con ladrones fue Él.*

*Grande fue Su gracia para mí,*

*siendo yo rebelde.*

*Y cuando pienso en cómo,*

*En el Calvario,*

*Soportó el castigo del pecado en mi lugar,*

*Asombrado, me pregunto por qué*

*Él, quien no pecó,*

*Murió por alguien tan vil como yo;*

*¡Mi Salvador Él es!*

*Ahora todo el deseo de mi corazón  
Es permanecer en Él,  
Mi Salvador querido, en Él me resguardo.  
Mi escudo, mi defensa es Él,  
me cubre y protege;  
De las flechas de Satanás,  
estaré a salvo a Su lado.*

*Señor Jesús, escucha mi oración,  
Tu gracia imparte;  
Cuando surjan pensamientos malvados  
Por artificio de Satanás,  
¡Oh, ahuyéntalos todos!  
Y tú, día a día, mantenme bajo tu dominio,  
Rey de mi corazón.*

*Ven ahora, todo mi ser:  
Ojos, oídos y voz.  
Únete a mí, creación, con canto alegre:  
¡Alabado sea el que rompió la cadena  
Que me sostenía al dominio del pecado  
Y me dio libertad!  
¡Canta y regocíjate!*

—EMMANUEL T. SIBOMANA

# 1

---

*¡Oh, cómo me asombra la gracia de Dios!*

*¡Rompió mis cadenas y me liberó!*

*¿Por qué?*

*Por Su propia voluntad, esto sé,*

*Me puso, como ahora nuestro,*

*En libertad.*

## Capítulo 1

# MIS CADENAS CAYERON

La gracia «rompió mis cadenas y me liberó». Estas simples palabras expresan la experiencia de un típico cristiano, en cada lugar, edad e idioma.

La gracia de Dios en Jesucristo trae libertad. Experimentar esta gracia es sentir liberación. Nuestras cadenas, grilletes, cargas —como sea que los describamos—, han sido rotos. Somos libres de una conciencia culpable. Confiamos en Cristo y somos liberados de inmediato. Luego disfrutamos progresivamente de esa libertad. Ya no estamos en la esclavitud. En cambio, somos hombres y mujeres libres en Jesucristo.

E. T. Sibomana comienza su himno, *¡Oh, cómo me asombra la gracia de Dios!*, en el punto de la experiencia personal.

Por supuesto, nuestra experiencia no es en realidad donde comienza la gracia de Dios. La gracia se remonta mucho más allá de nuestra experiencia individual. Pero este himno comienza con nuestra experiencia porque aquí es donde damos nuestros primeros pasos

conscientes hacia el mar de la gracia. Luego descubrimos que, de hecho, es un océano ilimitado que parece no tener fondo. A medida que nos hundimos en él, comenzamos a percatarnos de que sus orígenes se encuentran en Dios mismo, en la eternidad.

Esta es la gracia que «rompió mis cadenas y me liberó».

*Por Su propia voluntad, esto sé,  
Me puso, como ahora nuestro,  
En libertad.*

Carlos Wesley expresó el mismo pensamiento. Si conoces un poco sobre los hermanos Wesley, Juan y Carlos, sabes que antes de llegar a la fe en Jesucristo, vivieron vidas impecables. Carlos era un clérigo en la iglesia de Inglaterra. No se observaban «cadenas» en él. Aparentemente no tenía adicciones. En sus días de estudiante en la Universidad de Oxford, se regía por una rigurosa rectitud moral y un servicio enérgico. Pocos sentían que podían igualar su santidad. Uno de sus libros se titulaba *A Serious Call to a Devout and Holy Life* [Llamado a una vida devota y santa].<sup>5</sup> Eso lo resumía.

Sin embargo, mientras Dios trabajaba en la vida de Wesley, él se dio cuenta de que estaba en esclavitud espiritual, «tan atado al pecado y a la oscuridad»,<sup>6</sup> como luego escribiría. Cuando fue llevado a la fe en Jesucristo, esta fue la canción que quería cantar una y otra vez en el aniversario de su conversión:

*Mis cadenas cayeron, mi corazón estaba libre;  
Me levanté, di unos pasos y te seguí.<sup>7</sup>*

Dicha libertad no se limita a un grupo selecto de cristianos famosos. El evangelio promete lo mismo a todos los que confían en Cristo.

La libertad de la esclavitud es uno de los temas centrales en la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo. Él les dijo a los judíos de Su tiempo que solo el evangelio podía liberarlos: «la verdad los hará libres» (Juan 8:32). Pero ¿de qué verdad habla? Él explicó: «si el Hijo los libera, serán ustedes verdaderamente libres» (Juan 8:36).

Encontramos dos lecciones básicas.

## LECCIÓN UNO: LA ESCLAVITUD

Jesús enseñó que todos somos esclavos espirituales por naturaleza. Tenía que ser cruel para ser amable.

Los judíos con quienes Jesús habló, al igual que nosotros, creían que no eran esclavos de nada ni nadie. Pero su respuesta a las palabras de Jesús reveló la profunda esclavitud espiritual en la que se encontraban. Las palabras de Jesús los irritó.

«¿Cómo puedes decir que necesitamos ser liberados? ¿Cómo te atreves! Somos los hijos de Abraham, sus descendientes nacidos libres». Reclamaban la libertad espiritual como su derecho de nacimiento, pero estaban en esclavitud espiritual.

«Ciertamente les aseguro que todo el que peca es esclavo del pecado —respondió Jesús» (Juan 8:34).

¿Era necesario especificar esto? Jesús pensó que sí, y tal vez alguien que lea estas páginas necesite un poco de ayuda para comprender lo que estaba enseñando aquí:

- No nos convertimos en pecadores al cometer actos específicos.
- Cometemos actos específicos de pecado porque somos pecadores.

En resumen, mi problema no son las acciones aisladas que veo como aberraciones de lo que realmente soy. Me estoy engañando a mí mismo si pienso de esa manera. Estas acciones no son aberraciones,

sino revelaciones de lo que hay en mi corazón. Muestran que cometo pecado porque estoy atado a él.

Pablo desarrolla este tema en Efesios 2. Tanto el apóstol como sus lectores (v. 3) estaban por naturaleza atados al pecado: «muertos en sus transgresiones y pecados» (v. 1). Cuando escucharon el nombre de Dios y de Su gracia en Jesucristo, sus corazones se mantuvieron fríos. Al igual que los muertos, siempre fluían con la corriente, siguiendo «a los poderes de este mundo» (v. 2).

Por naturaleza, negamos que estamos en esclavitud espiritual. Nos esforzamos por mostrar nuestra libertad siendo diferentes. Pero tendemos, de una forma u otra, a convertirnos en clones. Esa es una manifestación de nuestra esclavitud. Según las letras satíricas de Ray Davies en la exitosa canción de *The Kinks*:

*La persona que busca placer siempre se ve lo mejor posible,  
Porque es ferviente seguidora de la moda.*<sup>8</sup>

Por supuesto, hay un lado más oscuro en la influencia siniestra de «el que gobierna las tinieblas, según el espíritu que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia» (v. 2). Hablaremos mucho más sobre él más tarde.

Como Jesús insinuó, este pecado afecta cada dimensión de nuestras vidas:

- **Nuestra mente.** No pensamos con claridad. Podemos tener una buena educación y un alto coeficiente intelectual. Pero eso no garantiza que pensemos con claridad sobre las cosas espirituales.
- **Nuestros deseos.** Cuando estamos solos y somos sinceros, reconocemos que no somos dueños de nuestros deseos. Intentamos dominarlos. Tenemos una conciencia moral que declara: «Debes tener estas cosas bajo control». Pero internamente estamos fuera de

control. Hay un mundo dentro de nosotros sobre el cual no tenemos dominio.

• **Nuestra voluntad.** Está esclavizada al pecado. «Ah, sí —decimos—; a este mensaje sobre estar bien con Dios lo recibiré otro día. Es mi decisión y puedo tomarla cuando quiera».

Sin embargo, la verdad es que no podemos pensar con claridad, ni desear a Cristo por nuestra propia voluntad y sin ayuda. ¿Por qué no? No podemos responder a las buenas nuevas del evangelio hasta que queramos a Cristo, y no podemos desear a Cristo mediante una decisión nuestra en cualquier momento que elijamos. No podemos decir a nuestra voluntad: «¡Voluntad, decide pertenecer a Dios!». Va más allá de nuestros poder hacer esto. ¡Nadie puede, de manera deliberada, hacer que la voluntad haga lo que no quiere! Solo la gracia de Dios puede liberarnos para confiar en Él.

*¿Por qué?*

*Por Su propia voluntad, esto sé,*

*Me puso, como ahora nuestro,*

*En libertad.*

Aquí, entonces, encontramos nuestra mayor necesidad. Lección uno: somos esclavos de nuestro corazón pecaminoso.

### *La comprensión de David sobre el pecado*

El rey David hizo este descubrimiento meses después de su pecado con Betsabé. Había violado la ley de Dios. Había codiciado, cometido adulterio, robado la esposa de uno de los mejores hombres que conocía y planeado su muerte (ver 2 Sam. 11–12).

Cuando David entendió la realidad de la esclavitud espiritual, se dio cuenta de que se remontaba al comienzo de su vida: «Yo



sé que soy malo de nacimiento; pecador me concibió mi madre» (Sal. 51:5).

Cuando somos enfrentados por primera vez al pecado, decidimos tratar de mejorar. Pero tan pronto como hemos eliminado una capa de pecado (pensando: «Fue solo un fracaso superficial de mi parte»), descubrimos otra capa debajo. David rastreó su pecado hasta el comienzo de su vida; vivía en un estado de negación espiritual. Pero cuando se dio cuenta de la verdad sobre sí mismo, admitió que la podredumbre había empezado desde el principio, incluso cuando estaba en el vientre de su madre.

Luego clamó a Dios: «Lávame» y «purifícame con hisopo» (Sal. 51:7). Hubo momentos en mi infancia cuando me ensuciaba de tal manera que mi madre me limpiaba con una esponja vegetal. Con frecuencia, sentía el poder de su brazo mientras ella limpiaba la suciedad de mi piel. Aunque estaba relativamente contento con una limpieza más superficial, ella estaba decidida a sacar toda la suciedad, incluso si eso la mataba a ella, o a mí.

El lenguaje de David: «lávame [...] purifícame», describe ese tipo de limpieza vigorosa y rigurosa. Su pecado estaba arraigado con profundidad. Había capas de engaño, pecado y esclavitud en su corazón. Solo Dios podía limpiarlo y liberarlo.

A esto se refería Jesús. Sus contemporáneos conocían la Biblia. Asistían constantemente a los servicios religiosos. Pero todavía estaban atados por el pecado y no podían liberarse de su dominio. Eran esclavos del pecado, no hijos de Dios. Entonces Jesús les explicó: «Tu problema fundamental es que no conoces a Dios como Padre».

¿Cómo podía Jesús estar tan seguro? «Porque si realmente conocieran al Padre, su actitud hacia Su Hijo sería completamente diferente. Sería de amor y admiración. Confiarían en mí» (ver Juan 8:42-47).

Hablaban de Dios, pero su actitud hacia el Hijo de Dios reveló que no eran miembros de Su familia. Eran hostiles hacia Él. Conspiraron «religiosamente» para deshacerse de Él. No tenían lugar para Él en sus vidas porque no tenían lugar para Su Padre.

### *No merecemos nada*

Los religiosos siempre se perturban cuando descubren que no son, y nunca han sido, verdaderos cristianos. ¿Toda su religiosidad no sirve de nada? Esas horas en la iglesia, horas dedicadas a hacer cosas buenas y a actividades religiosas, ¿no cuentan para nada en la presencia de Dios? ¿No me permiten decir: «Mira lo que he hecho»? ¿No merezco el cielo?

Lamentablemente, pensar que merezco el cielo es una señal segura de que no entiendo el evangelio.

Jesús desenmascaró la terrible verdad sobre Sus contemporáneos. Ellos se resistieron a Sus enseñanzas y se negaron a recibir Su Palabra porque eran pecadores y esclavos del pecado.

Hace algunos años, los medios británicos informaron que una denominación presbiteriana había retirado cincuenta mil copias impresas de una edición de su revista mensual. Dicho reportaje indicaba que el autor de un artículo se había referido a un miembro prominente de la familia real británica como un «miserable pecador».

Es curioso que el integrante de la familia real, como miembro de la iglesia de Inglaterra, seguramente usaba de forma regular las palabras de la «Oración de la confesión general», del libro de oración anglicana, que incluye una solicitud de perdón de los pecados de los «miserables pecadores». ¿Por qué, entonces, retiraron las revistas? El comentario oficial: «No queremos dar la impresión de que las doctrinas de la fe cristiana causan trauma emocional a las personas».

Pero a veces, las doctrinas de la fe cristiana hacen exactamente eso, y es necesario.

¿O deberíamos decir en cambio: «¡Qué cruel fue Jesús con estos pobres judíos! ¿Jesús habló de esta manera?».

Jesús declaró: «Ustedes son pecadores miserables». Desenmascaró a los pecadores y se dirigió a la raíz del problema: «No está en sus planes aceptar mi palabra» (Juan 8:37). Lo habían escuchado, pero lo resistieron. Más tarde, describió el resultado: «¿Por qué no entienden mi modo de hablar? Porque no pueden aceptar mi palabra» (Juan 8:43).

Jesús ya le había explicado pacientemente esto a Nicodemo: «A menos que el Espíritu de Dios abra los ojos, no puedes ver el reino de Dios. A menos que Dios te libere de la esclavitud del pecado, nunca entrarás en el reino de Dios» (ver Juan 3:3, 5). «La verdad es que», dijo Jesús más tarde, «no escuchan lo que digo porque realmente no son hijos de Dios» (ver Juan 8:41, 44). Estaban, usando el lenguaje de Pablo, espiritualmente «muertos» (Ef. 2:1).

Hace algún tiempo, mientras disfrutaba de mis vacaciones en un maravilloso día de verano en las tierras altas de Escocia, me senté afuera a tomar un café. A unos metros, vi un hermoso petirrojo. Admiraba sus plumas, su hermoso pecho rojo, su pico afilado y limpio, su simple belleza. Me encontré instintivamente hablando con él. Pero no hubo respuesta, no hubo movimiento. Todo estaba inmóvil, porque el pequeño petirrojo de pecho rojo estaba muerto. El veterinario más experto del mundo no podría hacer absolutamente nada por él.

Así somos nosotros, espiritualmente. A pesar de las apariencias, en mi estado natural estoy muerto para Dios. No hay vida espiritual en mí.

Solo cuando me percate de esto comenzaré a ver por qué la gracia de Dios es sorprendente y admirable. Porque para las personas espiritualmente muertas, la gracia de Dios viene a dar vida y liberación.

Esta es la primera verdad que debo reconocer. Estoy en esclavitud espiritual. Esa esclavitud puede tener muchas manifestaciones.

Pueden diferir de un individuo a otro. Pero la esclavitud es la raíz del problema.

Sobre esa base, y en ese contexto, Jesús enseñó la lección número dos.

## LECCIÓN DOS: LA LIBERTAD

Hay buenas noticias.

Por un lado, Jesús subrayó la esclavitud en la que estamos atrapados por naturaleza. Por el otro, habló sobre la libertad que da por gracia a los pecadores: «si el Hijo los libera, serán ustedes verdaderamente libres» (Juan 8:36).

¿Cómo podría el Hijo liberarlos? Puede hacerlo debido a quién es Él. Es el Hijo enviado al mundo por el Padre. Él conocía el plan del Padre. Tuvo la relación más íntima con Él. Había escuchado todo lo que el Padre había dicho, y vino con este mensaje de buenas nuevas: «El Padre me envió para liberarte» (ver Juan 8:28).

¿Cómo, entonces, nos libera Cristo?

Juan respondió esa pregunta en el versículo más famoso de su Evangelio. Este Dios, este Padre, amaba tanto al mundo, este mundo en pecado y esclavitud, que envió a Su único Hijo. Él tuvo un solo Hijo, pero lo envió a morir en una cruz para salvar a todos los que creen en Él (ver Juan 3:16).

El Hijo sería «levantado», levantado en una cruz, expuesto a la vergüenza pública, colgado entre el cielo y la tierra, bajo el juicio de Dios contra nuestros pecados, para que aquellos que creyeran en Él no perecieran, sino que tuvieran vida eterna (ver Juan 3:16; 12:32).

Jesucristo puede liberarnos porque ha lidiado con el pecado que nos esclaviza. Nunca podríamos expiar nuestro propio pecado.

Nunca podríamos romper su poder. Nunca podríamos acercarnos a Dios y decir: «Dios, seguramente lo que he hecho es suficiente

para compensar mis pecados». Nada de lo que podamos hacer puede compensarlo. Pero Dios envió a Su propio Hijo —piensa en esto—, Su propio Hijo, quien nos reemplazó, tomando nuestro lugar. Vivió una vida perfecta. Como no tenía pecados propios que expiar, estaba calificado para hacer un sacrificio por nuestros pecados. Ningún sacrificio que pudiéramos hacer podría ser adecuado para expiar el pecado. Pero Él era capaz y estuvo dispuesto a hacerlo. Por eso, podemos ser liberados de la culpa y de la esclavitud que el pecado crea.

Cristo también nos libera de otra manera: a través de la verdad sobre Dios y sobre nosotros mismos. Si creemos en Él, llegaremos a conocer la verdad, y la verdad nos hará libres (Juan 8:32). Esa es Su promesa.

He conocido a algunas personas excepcionalmente inteligentes que no pueden entender el evangelio cristiano. Escuchan su mensaje como si fuera una conferencia sobre moralidad. Sin embargo, el evangelio no es difícil de entender. El problema radica en nosotros, en nuestra ceguera espiritual. Si hay resistencia en el corazón para amar a Dios, habrá resistencia en la mente para conocer a Dios y, por lo tanto, para escuchar y buscar a Dios. Solo la verdad puede liberarnos.

Más adelante, en el Evangelio de Juan, Jesús habló sobre enviar el Espíritu Santo a Sus discípulos. Él sería como una gran lámpara que brillaría en sus mentes, iluminándolos para que pudieran comenzar a ver y comprender a Jesús y lo que había hecho. El Espíritu eliminaría el engaño espiritual, transformaría a los espiritualmente muertos y glorificaría a Cristo.

Entonces, Jesús puede liberarnos por lo que es y por lo que nos muestra.

Como resultado, ahora podemos atrevernos a llamar a Dios «Padre».

Esta es la diferencia más obvia entre una persona «religiosa» y un cristiano. Es probable que una persona religiosa se dirija a Dios, especialmente en una crisis, como «Oh, Dios» y no como «Oh, Padre».

Hay una razón simple para esto. A menos que conozcas a Dios como tu Padre, nunca clamarás a Él en tu necesidad como «Abba, Padre» (Rom. 8:15-16).

### *Muchas esclavitudes, un remedio*

¿Cómo se aplica todo esto a nosotros?

Nuestros corazones pecaminosos comparten una esclavitud común, aunque sus formas pueden diferir. Algunas personas tienen ataduras que las llevan hasta el suelo. Pero también hay ataduras «respetables». Estas dos clases pueden parecer polos opuestos. Pero en cada una, el corazón es igualmente cautivo, un prisionero, un esclavo. ¿Qué es lo que no puedes dominar y, por el contrario, te domina?

¿Qué pecado ha capturado tu corazón y lo ha endurecido ante Dios? Las cadenas que te atan pueden parecer muy diferentes de las que atan a tus vecinos, colegas o amigos. Pero son igual de reales.

Dios tiene muchas maneras de llevarnos a descubrir que somos esclavos y pecadores espiritualmente muertos. Pero Él nos ofrece un solo remedio para la esclavitud, un solo Salvador: el mismo Jesús, el cual, ante Sus contemporáneos, y ahora ante nosotros, declara:

«Quien comete pecado es esclavo del pecado. Pero la verdad te hará libre. Y como soy el Hijo de Dios y el Salvador, puedo liberarte».

«Soy el que ha trabajado en tu vida recientemente».

«Yo soy quien te ha impulsado a hacer preguntas que ignoraste por mucho tiempo y a recordar los pecados que alguna vez trivializaste».

«Yo soy quien te ha hecho preguntarte por qué un cristiano que conoces tiene algo que te falta».

«Todo esto te ha llevado a buscarme. Ahora has llegado al borde de confiar en mí como el Salvador que te liberará y te dará una nueva vida».

«Estás comenzando a ver por qué la gracia es tan maravillosamente asombrosa».

«Confía en mí ahora».

Carlos Wesley escribió:

*Por mucho tiempo mi espíritu estuvo preso  
Tan atado al pecado y la oscuridad.<sup>9</sup>*

¿Te describe? Es posible que hayas intentado todo para encontrar la libertad y la satisfacción, pero todavía estás «atado al pecado y la oscuridad». Quizás nadie lo sepa, excepto tú. Necesitas una obra del poder y la gracia de Dios en tu vida.

*Tu ojo irradió rayos de luz,  
Despertóme en mi calabozo.  
Mis cadenas cayeron, mi corazón estaba libre;  
Me levanté, di unos pasos y te seguí.<sup>10</sup>*

Descubrir la gracia de Dios en Jesucristo puede suceder antes de que lo notes. Después de todo, Él te estaba buscando antes de que tú lo buscaras o sintieras que estaba cerca. Lo único que sabías era que tenías una profunda sensación de necesidad. Te atrajo y le dijiste: «Sé mío. ¡Sé mi Salvador!». Él respondió: «Yo soy. Sé mío, hijo mío».

*¡Oh, cómo me asombra la gracia de Dios!  
¡Rompió mis cadenas y me liberó!  
¿Por qué?  
Por Su propia voluntad, esto sé,  
Me puso, como ahora nuestro,  
En libertad.*

¡Libertad por fin! Sí, la gracia es asombrosa.